

Pequeña antología de Pedro Moreno Rubio

La noche

Se apagaron las últimas hogueras
sobre el alto perfil del horizonte.
Las espadas clavadas en el aire
perdieron su fulgor y su codicia.
En el jardín las luces enmudecen.
Las sombras amontonan su hojarasca,
la desahuciada lumbre de los árboles,
bajo la luz primera de los astros.

Estregaos al hueco pasatiempo,
al licor espumoso de las copas,
al juego seductor y su falacia
y que rueden las cartas como pájaros
que han perdido su gusto por el aire.
Mientras tanto
el viento os apuñala por la espalda
como un siniestro címbalo inclemente
cuya lengua golpea vuestra nuca.

Yo soy un desertor de vuestra fiesta,
un apátrida, un prófugo, un místico,
alguien que se ha perdido en la espesura

y se busca a sí mismo entre las sombras
dubitativas de los robustos pinos
bajo el vivo rescoldo de la noche.

Un astro seductor me está llamando
y su luz me conduce hacia lo oscuro,
a la ebriedad sonora del silencio.
Y dejo que la noche me enajene,
me guíe, me someta, me diluya
en el mar que me acoge y me rodea
y entro en el corazón del universo.

(De *Donde nace la luz*, 05Ediciones, 2009)

Empieza la andadura

Amanece y empieza la andadura
porque la vida que otras veces duele
nos susurra al oído, nos seduce
y nos pone, de pronto, en el camino.

Conseguí abandonar el hormiguero,
romper esta mecánica indolencia
de la sangre sujeta a la costumbre
y, trazando una línea divisoria,

volver la espalda a todo lo que es muerte.

Atrás queda
el tedioso bullir de cada día
desde la sobra al aire,
sin ir a ningún sitio,
llenando nuestras copas de ceniza.

Trato de sujetar estos caballos
que huyen de sí mismo y del paisaje.
Quiero oír el mensaje de las cosas;
quiero sentir la luz que de ellas fluye.

Escucho la canción de las acequias.
Contemplo el desamparo de las flores,
el redondo verdor de los naranjos,
el temblor inaudito de la hierba,
el variado perfil de las montañas,
Su arrogante quietud, su lejanía.

Quiero en este rincón soñar un poco,
tocar el resplandor que aquí me envuelve.
Necesito quedarme entre las hojas
para temblar sobre la luz del día,
sobre la paz silente de la piedra,
mientras se ahoga un pájaro en mis ojos

y busco el precipicio de tus brazos.

(De *Donde nace la luz*, 05Ediciones, 2009)

Estás aquí

No sé qué recónditos caminos has venido.

Pero estás.

Estás aquí al pie de mi pregunta

Multiplicada en ecos circulares.

Estás aquí, paloma soñadora,

Asustada de un viento tan hiriente.

Gacela perseguida de la sed.

Me da miedo tocarre,

Frágil ofrecimiento de facintos talados,

Claveles rociados de almíbar prematuro,

Cruel incertidumbre de pétalos erguidos.

Me da miedo, y te toco

Con el tacto inefable del silencio,

Con esa manecilla de mis ojos

Parada en esta hora y este aquí.

Eres como un crepúsculo atrapado.

Como una media noche de verbena.

Como un amanecer de golondrinas.
Como el roce de un labio tan apenas.

Como un rayo de luna sobre el río.
Como un rumor de sombras dormidas en los pinos.

No. No es preciso que hable.
La palabra se pone vertical
Tratando de alcanzarte, mas no puede.
Es mejor el silencio.
Y que mis ojos abran sus dos alas,
Vayan hacia los tuyos y se queden
Como las mariposas tiemblan sobre la flor.

(De *Agua Dulce*, Editor Víctor Orenga, 1987)

El estío

Enhiesta redondez de fuego y brillo,
de par en par sus brazos y su frente,
a la tierra se inclina reverente
y le manda su beso de amarillo.

Todo sublime y todo tan sencillo,
camina de Levante hasta Poniente

Tan día a día, tan cansinamente,
aproximando mieses hacia el trillo.

Blandiendo sus deseos., boca arriba.;
locamente tendida está la era.
El sol su desnudez apeteciendo.

Y apeteciendo el grano está la criba.
El corazón del hombre se acelera
redondas moreneces presintiendo.

(De *Con el viento Solano*, Diputación Provincial de Cuenca, 2007)

Al atardecer te busco

Cuando el sol se hace sangre
cada día,
mis dos manos,
como ramas crispadas arañando el cielo,
se me escapan del tronco
buscando tu rocío.

Cuando los pájaros despiertan
cada día,
también yo me despierto

y levanto el cuenco vacío de mis manos de barro
lo mismo que el mendigo su escudilla
para que tú lo llenes.

Cuando las flores se abren
apenas la mañana se insinúa,
para acoger al sol,
mis ojos se despiertan
y se ponen a esperar que tú los mires.

Cuando la arena gime porque la sed escuece
Y el ojo enormemente abierto
del cielo nos vigila...
busco yo tu regazo
para dormirme junto a tu corazón
como un niño pequeño.

Cuando la noche
se tapa los oídos e impone su silencio;
yo sigo preguntando
porque espero encontrar entre las sombras
una estrella que siempre nos responde.

(De *Apenas voz, tal vez viento*, Ediciones Bonet Sicchar, 1983)

Vivir en llamas

No sé desde qué linde estás llamándome
ni desde qué confusa circunstancia;
pero sé que te inquieta mi recuerdo,
que preguntas por mí,
que te interesas
por esta sed que adviertes en mis ojos.

Hilos de oro sobre tu pecho penden
Endulzando el contorno de tu rostro de niña.
Tus ojos navegables agitan su señuelo
y su látigo azota desde lejos mi frente.
Estoy viviendo en llamas.
No puedo resignarme a ser ceniza,
paloma que ha perdido su mensaje
y asciende lentamente hacia el olvido.
Acepto el desafío
de ese rayo de luz que desbarata
la oscura tiranía de la noche
y voy por los caminos con ascua en los labios.

(De *Ebrio de luz*, Asociación Cultural Amigos de la Poesía, 2002)